

La poesía «política» de Horacio

Bartolomé SEGURA
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Considerado el poeta del amor, la fiesta y el *carpe diem*, Horacio es también un poeta plenamente comprometido con el régimen surgido de la Revolución y, especialmente, con su líder, Augusto. Su poesía político-social se deja dividir en tres períodos: a) del año 41 al 30; b) del 29 al 23; del 15 al 23; c) del 15 al 13, a lo largo de los cuales se observa una evolución de más «directo» y genuino a más formalista y superficial. Contrariamente a lo que se cree, entre estas composiciones hallamos muestras de su mejor poesía.

SUMMARY

Regarded as the poet of love, festivals and *carpe diem*, Horatius was a poet politically compromised with the Roman Revolution and with its leader, Augustus. His political-social work could be divided into three periods: a) from 41 to 30; b) from 29 to 23; c) from 15 to 13. Throughout these years the poet developed into more formalistic and superficial. Among this work are samples of the highest poetry.

Bien que poeta del amor, del vino, del tiempo y de la muerte, Horacio, como los demás poetas augústeos: Tibulo (si bien éste en escasa medida), Propercio, Ovidio y Virgilio, colaboró con el naciente régimen del Principado, poniendo, por agradecimiento, necesidad o mentalidad, su pluma al servicio del mismo, en un despliegue de actividad literaria y poética que, contrariamente a lo que se cree, cumplía una alta misión y tenía un gran al-

cance, dada la distribución y difusión del libro que llegaba a miles de ejemplares en una sola tirada¹, y que por ello estaba en condiciones de influir en el sector de la sociedad romana en el que, dados su cultura y papel político, podía y debía influir, a saber, la clase de los senadores, patricios y caballeros.

De este aspecto de la poesía horaciana interesa en esta ocasión estudiar la evolución diacrónica del mismo, desde las primeras manifestaciones, correspondientes al año 41 (epodo 16), hasta la última oda del libro IV (la 15), que es del año 13, en total un período de 28 años, que van desde los 24 de su autor a los 52 del mismo, cuando ya éste se había declarado a sí mismo viejo y cansado, y sólo le quedaban cinco de vida.

Es curioso constatar que entre la inmensa bibliografía consagrada a la poesía civil de Horacio sólo Antonio La Penna, en lo que se me alcanza, se preocupa, y ello parcialmente, del aspecto cronológico², siendo, en medio de los múltiples rasgos considerados en esta poesía, el de la sinceridad o falta de sinceridad (!) el que con mucho se lleva la palma.

En efecto, al igual que para Brink³ «las convenciones de *épainos* estaban tan estereotipadas como las de *psógos*, y al escribir su panegírico Horacio obedecía las reglas de los géneros: su sinceridad no se puede hoy determinar, y ninguna falta que hace», tampoco para nosotros tiene ningún alcance si Horacio sentía de corazón los elogios que dispensaba al príncipe o si de este modo aspiraba sólo a cubrir el expediente: la propaganda política, impregnada siempre de retórica y oportunismo, delega su eficacia en la insistencia machacona del aspecto que interesa resaltar e imbuir, con ocultamiento total de cualquier otra consideración, de suerte que, dada la desaparición completa de todos los demás aspectos, el único que entra en consideración, por el hecho obvio de quedar solo, se transforma, irremediablemente, en el único verdadero también.

Lo que ahora nos interesa es comprobar cómo el instrumento de propaganda de Augusto llamado Horacio actuó a lo largo de esos casi seis lustros y cómo evolucionó al compás de las circunstancias políticas por las que el propio Octaviano pasó y de las más que seguras instrucciones que nuestro poeta (como sin duda el resto de poetas oficiales de la Roma del momento) fue recibiendo en cada etapa de estos arriesgados años de gestación de un

¹ Cf. G. Cavallo (dir.), *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo*, trad. esp., Madrid, 1995 (=1975).

² *Orazio e l'ideologia del principato*, Torino, 1963.

³ Reseña del libro de Doblhofer (*vide infra*) en *CR* 19 (1969) 175.

nuevo régimen. Pues de que nuestro poeta actuó al dictado de las necesidades propagandísticas y de las instancias superiores del régimen emergente no nos debe caber duda alguna, y ello se manifiesta y se puede probar de diversas maneras como, por ejemplo y sin ir más lejos, en las inocentes y sucesivas «recusaciones» que salpican su obra⁴. Que dichas consignas emanasen directamente de su principal valedor (que lo era además de los restantes poetas), Mecenas, jefe de la diplomacia augústea, no tendría nada de particular (recuérdense a este propósito los *haud mollia iussa* de éste a Virgilio [*georg.* 3, 41]): al caballero Mecenas dedica Horacio cuatro epodos (1, 3, 9, 14), siete odas (1,1 y 20; 2,12 y 17; 3,8,16 y 29); dos sátiras (I 1 y 6; además, alude a él en otras dos: 1,5 y 2,8), y tres epístolas (1,1, 7 y 19). Otra cuestión es la manera como los jerarcas del régimen inducían a sus poetas a cooperar en la propaganda general, punto en el cual no es necesario imaginar que se diesen secas órdenes que evidentemente no hacían falta: en el ambiente general estaba suficientemente claro que todos habían de compartir la tarea de consolidación del régimen monárquico y que junto a las medidas de regeneración moral, religiosa y jurídica adoptadas por las instancias superiores, al lado de las disposiciones administrativas y económicas, amén de la organización militar, la poesía podía y debía contribuir también a los mismos fines. Y no sería por falta de talento en el exquisito cenáculo por la que los políticos hallasen dificultades para exhortar a sus poetas a entrar en liza también.

Pero tampoco debieron faltar órdenes concretas en momentos determinados, como las que nos transmite Suetonio que el mismísimo Augusto dio al poeta de Venusia a propósito del *Carmen Saeculare* y del libro cuarto y último de las Odas, en la primera de las cuales el poeta, «inocentemente», finge haber sido impulsado por la diosa del amor a reanudar los «combates», como sugiriendo que este cuarto libro iba a tener al Amor por objetivo, cuando precisamente el libro, como es sabido, contiene con mucho la porción mayor de la poesía política de nuestro poeta. Así es como cuenta Suetonio en su *Vida de Horacio* la intervención del príncipe: «Le parecieron tan buenos sus escritos, en la creencia de que quedarían para siempre, que no sólo le ordenó componer el *Carmen saeculare* sino también la victoria sobre los vindélicos de sus hijastros Tiberio y Druso, y por ello le obligó a añadir, después de tanto tiempo, un cuarto libro de Odas a los tres precedentes». ¿Resta aún alguna duda?

⁴ Cf. *sat.* 2,1; *carm.* 1,6; 2,2; *epis.* 2,1; etc., etc.

Naturalmente, el notorio carácter independiente de Horacio debió sufrir sin duda alguna. Republicano de origen, tras la batalla de Filipos (año 42), en Macedonia, donde «supo lo que era una huida precipitada» *relicta no bene parmula* (*carm.* 2,7,9-10: adulación indirecta a Augusto, evidentemente), bien pronto hubo de tragarse su hipotético orgullo y comenzar a adular a sus protectores. Pero hay grados de sumisión. En la Epístola I 7 deja claro el poeta su amor a la independencia, pese a todo, recordando a Mecenas, a quien dedica la epístola, que éste no lo ha enriquecido a la manera del calabrés, que regala lo que desprecia y han de comerse los cerdos (ya en epodo 1,31-32 había afirmado Horacio: «Tu bondad me ha enriquecido más de la cuenta») y que por tanto el poeta necesita libertad de movimientos. Cabe igualmente que tanto Horacio como Virgilio fuesen respetados por el poder, no obstante, y no sufriesen humillaciones en último término. Como veremos, hemos de hallar en Horacio una evolución *in crescendo* de la actitud encomiástica hacia la figura de Augusto y su régimen. Así, a propósito del libro cuarto ya varias veces aquí aludido, Dag Norberg⁵, tras afirmar que «il [Horace] défend sa liberté et son indépendance de tous côtés», reconoce (ibídem): «Le poète ne lutte plus comme jadis, il ne défend plus son indépendance de la même manière; il s'abandonne plutôt purement et simplement au sentiment de prospérité qui domine tout le peuple romain pendant quelques années après les jeux séculaires».

Por otra parte, un poeta puede hacer poesía de encargo y hacerla con inspiración (así escribió Shakespeare algunas de sus más memorables obras). En el caso de Horacio, se detecta en forma manifiesta tanto esta situación feliz como la contraria y que ordinariamente creemos, tanto en él como en los demás, la más frecuente: del *Carmen saeculare* se ha afirmado hasta la saciedad, y no sin razón, que es un poema poco inspirado, el típico producto de encargo, que en este caso concreto constituye un refrito de otros momentos más felices del poeta. Pero no se podría decir otro tanto de numerosas composiciones «políticas» en las que el poeta trasluce tanta inspiración como en los momentos reconocidamente superiores de su creación. ¿Qué decir en efecto de composiciones bien conocidas como el famoso epodo 16, al igual que el 7, o la Oda 1,37 (contra Cleopatra), la 1,2 (*Iam satis terris*), las Odas romanas 3,2,3, 5 y 6, la epístola a Augusto (2,1), las Odas 4,4 y 14, dedicadas a sus hijastros Tiberio y Druso? La fuerza y esplendor de estas composiciones, nacidas no sé si de la convicción o del miedo, del

⁵ *Emerita* 20 (1952) 107.

amor o del odio, alcanzan las cimas más altas de la obra del poeta de Venusia y ante ellas difícilmente nadie se atrevería a decir que Horacio es exclusivamente el poeta del amor y de la fiesta, del *carpe diem* y de la muerte: es también un poeta social, absolutamente comprometido con el programa político y militar de Augusto, o si se quiere, de la Roma eterna que él, como tantos de sus contemporáneos, vio plasmada literalmente en la persona del príncipe.

La poesía política de Horacio se deja dividir fácilmente en tres períodos, nítidamente diferenciados: a) del año 41 al 30; b) del año 28 al 23; c) del año 15 al 13. Y queda como eslabón intermedio entre los dos últimos períodos el *Carmen saeculare*, del año 17.

A su vez, el primer período tiene dos partes que constituyen como la cara y la cruz de la misma moneda: la primera está representada por dos epodos (16 y 7) que versan sobre la guerra civil, y la segunda, por un epodo (9) y una oda (1,37), que celebran el final de la guerra y la victoria de Octaviano.

Yo diría, sin embargo, que los dos epodos, en especial el primero, en que el poeta lamenta la guerra civil, son más «sentidos» que las composiciones que celebran la victoria final de Octavio frente a Marco Antonio y Cleopatra. El epodo 16 es una de las composiciones más logradas de la obra de Horacio. Escrito a los 24 años, con ocasión de la guerra de Perugia (año 41), en él hallamos una buena parte de Horacio, y no sólo del Horacio amante de la paz y orgulloso del poderío de Roma, Roma «que se derrumba bajo el peso de su propia fuerza» (2), viniendo a padecer lo que no la hicieron sufrir los marsos ni Porsenna, ni Espártaco ni los germanos ni Aníbal. Llevado de la desesperación, el poeta se evade hasta las Islas Afortunadas (como dicen que pretendió treinta años antes Sertorio), en las que la vida se asemeja a la Edad de Oro, tantas veces cantada por los poetas. Por su parte, el epodo 7 basa su fuerza en una tanda de preguntas retóricas que se terminan con el acuciante imperativo: *responsum date* (14), seguido de la descripción de la palidez que invade el rostro de los interrogados, los ciudadanos que otra vez (año 38, reanudación de la campaña contra Sexto Pompeyo) se aprestan a derramar sangre latina: «Los hados crueles y los crímenes de muertes fraternas empujan a Roma desde que la sangre de Remo (tal Caín y Abel), que no se lo merecía, manó, maldita para sus descendientes, sobre la tierra» (17-20).

Al año 31, tras la victoria de Actio, corresponde el epodo 9, dedicado a Mecenas (*beate Maecenas*: v. 4) a quien el poeta pide que beba Cécubo con él, puesto que le «agrada disipar en dulce vino sus preocupaciones y temores por los asuntos del César» (37-38) que acaba de vencer, mientras que al propio Mecenas el poeta le anima únicamente a beber («trae acá, camarero,

copas más grandes: 33), resultando por ello curioso que, siendo tantos los poemas que, como hemos visto arriba, dedica Horacio a su protector, sólo en dos ocasiones aluda aquél a las cuitas políticas del gran ministro de Augusto y ello en medio, en ambos casos, de la sonada fiesta que promete, y que son, la primera, en Odas 3, 8, de primeros de marzo del año 29, en la que pide a su invitado que se olvide de las preocupaciones por los partos, hispanos y escitas (17-25), y la segunda, en Odas 3, 29, del año 26 o 25, en la que de nuevo invita el poeta a su poderoso amigo a una fiesta que tiene lugar en verano, y otra vez le ruega que haga caso omiso de la política interior y exterior (25 ss.). Pero ambas alusiones corresponden ya al segundo período que hemos establecido, y dentro de él es donde hallan el cometido que les cumple. Por último, y formando parte también de este primer período, la célebre Oda 1,37, que tiene por objeto la denigración de Cleopatra y la celebración, una vez más, de la victoria definitiva, tras la muerte de Marco Antonio y de su amante egipcia en el año 30. Y otra vez, para sorpresa del lector, resulta que la segunda parte de la oda constituye realmente un canto de admiración y respeto a la reina egipcia, de la que pondera el valor, la dignidad y la independencia.

El segundo grupo, integrado por odas de los tres primeros libros, publicados en el 23, abarca aquellas composiciones de asunto político que se extienden desde el año 29/28 (1,2) al año 25 (o 24 o 23: 1,2) y que suman en total, incluidas las dos reseñadas arriba de Mecenas, más una a Agripa (1,6), más la de Asinio Polión (2,1), catorce poemas de carácter político-social, ocho de los cuales tienen como objetivo prioritario rendir homenaje a Augusto. En la primera (1,2: a. 29/28), que se remonta por tanto a los días inmediatamente posteriores a Actio, Horacio, tras describir el castigo que Júpiter, como Jehovah en la Biblia, ha infligido a los romanos, implora la llegada de una divinidad salvadora (*sotér* es adjetivo habitual en los panegíricos de los reyes helenísticos, empezando por Alejandro Magno⁶, que, a la postre, es Augusto bajo el aspecto de Mercurio, y al final de la oda se pide al príncipe que celebre sus triunfos y guste de ser llamado padre y príncipe entre los romanos (49-50). La segunda (1,21: a. 28) es un himno a Apolo y Diana, al final del cual se expresa la confianza de que Apolo «movidado por la plegaria de los niños y niñas apartará del pueblo romano y del César la guerra y el hambre, para transportarlas a los persas y los britanos». En la 3,3 (a.

⁶ V. E. Doblhofer, *Die Augustuspanegyrik des Horaz in formalhistorischer Sicht*, Heidelberg 1966, p. 76: «Pero el *conficere bella per totum orbem* (cf. *epist.* 2,1,254) es un rasgo constante en la descripción del *sotér*, que es lo que representa el César romano».

27/26) se describe al hombre que soporta estoicamente que el mundo se desplome, pero que a pesar de ello se mantiene firme; hay además en la oda ejemplos míticos de héroes o dioses que han obrado de esta forma, y en medio de ellos se encuentra Augusto, ¡bebiendo néctar como un dios más! Por último, Juno hace balance del destino de los romanos desde la destrucción de Troya. En la 3,5 (a. 27) Horacio deja claro que en el cielo reina Júpiter y en la tierra Augusto, «al que se le considerará un dios en carne y hueso con tal de que añada al imperio a los britanos y los persas». El ejemplo de Régulo ilustra en última instancia lo que pretende decir el poeta. En la 1,35 (a. 27) Horacio ruega en un himno a Venus que salvaguarde a Augusto, quien marcha contra los ritanos. La 1,12 (a. 25 o 24 o 23), tras preguntarse *quem uirum aut heroa... quem deum*, el poeta invierte el orden y canta primero a los dioses, luego a los héroes y por último a los hombres, el más importante de los cuales es otra vez Augusto, quien bajo la custodia de Júpiter reinará en el mundo y abatirá a los partos y a los seres. La 3,14 (a. 25) es un canto de felicidad por la vuelta de Augusto que regresa de Hispania donde ha combatido a los cántabros: «Este día, en verdad festivo para mí, me quitará las negras preocupaciones. Si le César domina en las tierras yo no temeré la revolución ni morir violentamente» (13-16). Por último, la 2,9 (a. 24) encierra la petición al destinatario de la oda, Valgio, de «dejarse de blandas quejas y cantar más bien los nuevos trofeos de César Augusto y las condiciones impuestas a los medos» (17-20). Como se ve, Augusto vale ya como un dios (César había sido divinizado años atrás), que convive con los dioses y sólo es inferior a Júpiter. Este dios tiene, ahora que ha acabado con la guerra e implantado la paz, que ampliar el imperio y vengarse de los enemigos exteriores (persas y britanos, hispanos y seres). Pero al mismo tiempo Horacio contribuye a consolidar el programa de regeneración moral: las Odas 3,6 (a. 28) y 3,2 (a. 28/27) no mencionan para nada al príncipe, pero remachan sus preocupaciones religiosas («hasta que rehagas los templos»: 2) y de moral sexual («generaciones fecundas en culpas ensuciaron primero el matrimonio»: 17-18); proponen (*carm.* 3,6) la educación espartana de la juventud (1-6), y ensalzan el militarismo y el patriotismo (*dulce et decorum est pro patria mori*: 13), coronados por la VIRTUS «que no sabe de sórdidas derrotas» (17) y «abre el cielo a los que no merecen morir» (21-22). Éstas son las llamadas «Odas romanas» que P. Grimal⁷ considera que constituyen una recomendación de las virtudes que habían hecho grandes a los romanos (y por

⁷ «Les Odes Romaines d'Horace et les causes de la guerre civile», *REL* 53 (1975) 135-156.

tanto, añadiríamos nosotros, forman parte de la prédica tradicional de los escritores latinos de todos los tiempos): «Ce poèmes», afirmará el sabio francés recientemente fallecido, «mûris lentement, au fur et à mesure que la politique voulue par le prince et ses amis devenait plus consciente, reflètent les étapes de cette prise de conscience (...) réflexion qui lui est commune avec tous ceux qui tentaient de découvrir les causes de la longue série de guerres» (p. 156). Obsérvese, además, la sagaz observación del francés: «La politique... devenait plus consciente». Es decir, Horacio adopta el tono y escribe conforme a los signos de los tiempos, y en este período el tenor de sus escritos políticos-sociales es firme, aparentemente convencido y seriamente comprometido. En cualquier caso, se entiende que, para este período, Horacio no se ha lanzado aún a tumba abierta a hacer el panegírico del régimen⁸.

El tercer período se establece casi una década después de la publicación de los tres primeros libros de odas, si bien lo podemos considerar precedido del Carmen Saeculare del año 17, poema obviamente escrito por encargo y que insiste en viejos temas horacianos, como la grandeza de Roma, la moral sexual, el origen troyano, el temor de partos y escitas a Roma, etc. Las cinco odas del libro cuarto destinadas a ensalzar el régimen de Augusto, todas ellas escritas con bastante seguridad en el 14 o, en el caso de 4,15, el 13, ¡y por tanto curiosamente durante la ausencia de Augusto (como algunas de las 8 de 1-3 también)!, vienen precedidas en el tiempo por la epístola 2,1 a Augusto que muestra un cambio radical en la actitud del poeta, pues a partir de ahora, Horacio se entregará sin tapujo alguno a la más directa y descarada glorificación del emperador. En primer lugar, resume Horacio a comienzos de esta epístola la labor del *princeps* de Roma: «Siendo así que tú solo has de enfrentarte a tantos y tan grandes asuntos, proteger con las armas el imperio, dotarlo de ética, encauzarlo mediante las leyes, pecaría contra el bien público, si te quitara tiempo con largos discursos, César». A éste, igual que a Hércules, lo atacan los envidiosos, y los romanos ya saben que Augusto es un dios y confiesen por ello que «como él no ha nacido ni nacerá nada semejante» (v.7). Así estaban las cosas para Horacio respecto a Augusto en el año 15, cuando éste se prepara para una ausencia de tres años en Hispania, la Galia y el Rin, y el pensamiento es el mismo en Odas 4,2,37-40: «Más grande o mejor que Augusto no han dado nada a las tierras los hados o los

⁸ Cf. J. Benario, «Book of Horace's Odes: Augustan Propaganda», *Tapha* 91 (1960) 339-352: «A causa de su actitud cohibida respecto al principado en estos poemas (a saber, las odas de los tres primeros libros), Horacio ha sido descrito como "un propagandista desmayado" que prefirió esperar a ver si los actos del emperador respondían a su palabra» (p. 340).

dioses buenos, ni darán, aunque los tiempos regresen a la prístina Edad de Oro». La exaltación alcanza niveles insospechados. La Oda 4,5 reza así en sus primeros versos: «Oriundo de los dioses buenos, guardián excelente/de la raza de Rómulo, ya faltas demasiado tiempo; /tú que prometiste rápida vuelta/a la sagrada Asamblea, vuelve./Devuelve, buen caudillo, la luz a tu patria,/ pues cuando, a modo de primavera, tu rostro/ refulge ante el pueblo, marcha más grato el día/y mejor brillan los soles./ Como reclama la madre al joven que el noto con su soplo/envidioso, allende las aguas del mar de los Cárpatos, indeciso, por más tiempo de un año/de su dulce hogar aleja,/con votos y augurios y plegarias,/y del corvo litoral no aparta su faz./así, herida de fiel añoranza,/busca la patria al César.» Luego, Horacio describe los efectos beneficiosos de la *Pax Augusta*: seguridad en los campos y el mar; moral sexual; tranquilidad frente al enemigo exterior (partos, escitas, germanos), contento de los campesinos que plantan la vid. Y en Odas 4,15,4-9: «Tu edad, César,/ha devuelto a los campos frutos abundantes/ y restituido a nuestro Júpiter las banderas/ arrancadas a las jambas soberbias/ de los partos, y cerró el Jano/ de Quirino...» Augusto ha impuesto frenos al desorden, ha reintroducido las artes antiguas, ha restablecido la majestad del Imperio desde Oriente a Occidente; gracias a él, Augusto, no habrá guerras civiles ni violencia; los enemigos (dacios, getas, seres o persas) no podrán nada contra las leyes julias. Etc.

Ya en las Odas 4,4 y 14, dedicadas a los hijastros del emperador, Horacio, inconscientemente, delinea el perfil que ofrecerá el imperio y la camarilla imperial durante toda la época julio-claudia y posteriormente: Druso y Tiberio reciben mandos y triunfos, bajo los auspicios del emperador logran continuos éxitos, y el ejemplo de Augusto acaba por moldearlos: *fortes creantur fortibus et bonis* (4,14,29), *doctrina sed uim promouet insitam* (ibídem, 33). Es ya el Horacio instrumento decidido de la propaganda augústea⁹.

⁹ V. R. Syme, *La revolución romana*, trad. esp., Madrid 1989 (=1939), *passim*, pero especialmente pp. 575-595 (capítulo «El encauzamiento de la opinión pública»); A. Mele, «Cultura e politica nell'età di Augusto», *PP* 20 (1965) 179-194 (en especial, 179-180); Benario (*a.c.*, 352): «El arte de Horacio no parece haber sido perjudicado *dulcedine otii* (Tac. *ann.* 1,2) sino que más bien, bajo la influencia del Principado, el poeta hizo una contribución meritoria y duradera a la *inmensa Romanae pacis maiestas* (Plin. *nat.* 27,1,3)»; D. Norberg (*a.c.*, 107): «Le poète a sans aucun doute visé à élever à Auguste, prince de la paix, par sa dernière poésie lyrique, un *monumentum aere perennius*; Benario (*a.c.*, 346 ss) compara, como hacen otros, este libro horaciano al *Ara Pacis* [erigida el 4 de julio del año 13], pero no hace mención de los siguientes versos de Horacio que vienen aquí como anillo al dedo

A lo largo, pues, de estos 28 años y conforme a los tres períodos que hemos establecido creo que resulta fácil seguir la evolución de la actitud de Horacio respecto al nuevo régimen: deplorador íntimo de la guerra civil, saluda con entusiasmo la victoria de Octaviano que pone fin a aquélla; luego, durante la década incierta del 30 al 20 (aparente renuncia de Augusto al poder personal en el 27; reorganización política y muerte de Marcelo en el 23) Horacio colabora con el programa regenerador del régimen, así como con el expansionismo militar romano en la versión imperial; por último, ya por completo rendido al poder, ensalza la *Pax Augusta* y glorifica sin tapujos a su autor, Augusto. ¿Sinceridad o no? La Penna no cree en ella; Doblhofer (*o.c.* 107) despacha la cuestión de la siguiente manera: «Wo das Herz nicht mitsprach, da trat eben das Schema (a saber, de los panegíricos retóricos) in seine Rechte; wo aber das Schema sich verflüchtigt oder zu neuer Aussage umgestaltet wird, da redet der wahre Horaz zu uns».

(*epist.* 2,1,248-250): «La expresión del rostro en estatuas de bronce no adquiere mayor relieve que el comportamiento y espíritu de los varones ilustres por obra del poeta».

Para una bibliografía general hasta el año 1981, véase E. Doblhofer, «Augustus und Horaz» *ANRW* II 31.3 (1981) 1922-1986, especialmente, 1923-1926. Algunos títulos posteriores a esa fecha: V. Cremona, *La poesia civile di Orazio*, Milán 1982; F.H. Mutschler, «Horaz und Augustus», *WJA* 16 (1990) 117-136; I.M.le M. Du Quesnay, «Horace, Odes 4.5: pro reditu imperatoris Caesaris diui filii Augusti», en S.J. Harrison (ed.), *Hommage to Horace. A bimillenary celebration*, Oxford 1995, pp. 128-187; A. De Vivo, «L'epodo VII di Orazio. Il delitto del sangue», en M. Gigante - S. Cerasuolo (cur.), *Lecture Oraziane*, Napoli 1995, pp. 9-24.